

único medio de humillar á Francia, y para conseguir ese objeto, era necesario cederlo todo á América, reconocerle todos los derechos que reclamaba, excepto la independencia, y sacar las tropas del nuevo continente. Lord Rockingham y sus amigos creían que era ya demasiado tarde, siendo por consiguiente una necesidad el reconocer la independencia. Verdad amarga, que todavía no se atrevían á proclamar en público Chatham, pues, sostuvo todo el peso de la discusión del Mensaje.

Entre otras cosas notables, en un pasaje de su discurso, habló de los sufrimientos, y quizás de la pérdida total del ejército del Norte, frase profética que produjo honda sensación, cuando, diez días después, se recibió la noticia del desastre de Saratoga.

En esa ocasión fué el orador mas que nunca enérgico, y hoy todavía, en las escuelas de Inglaterra y América, se hace leer ese discurso de Chatham para enseñar á los niños el arte de hablar, como que es un modelo grandioso de elocuencia.

«Milores, dijo Chatham, ante dificultades y conflictos parecidos á los en que nos hallamos, ha sido siempre costumbre de la corona aconsejarse y pedir la cooperación á esta Cámara, el gran consejo hereditario de la nación. El Parlamento tiene el derecho de emitir dictámen, y deber es de la corona pedir consejo.

»Pero hoy, á pesar de la crisis que atravesamos, no se os pide consejo ni apoyo; la corona, por sí y ante sí, os declara que nada le hará desistir de su propósito, llevando á cabo el sistema de medidas que por sí sola y á su merced ha adoptado;... y, ¿qué medidas, milores? Medidas que hasta el presente solo han producido desengaños y derrotas. No puedo, milores, no quiero felicitar me con vosotros de descalabros y desgracias. Nos hallamos en circunstancias peligrosas y terribles. Pasó ya el tiempo de las adulaciones. Para salir de esa situación crítica y amenazadora, algo mas es menester que vanas lisonjas. Es necesario hablar al trono el lenguaje de la verdad. Si es posible, fuerza es que desvanzcamos la sombra y la ilusión en que está envuelta la corona; háy que hacer ver, con sus verdaderos colores, con todos sus peligros, la ruina que está llamando á nuestras puertas.

»¿Pueden los ministros creer, en medio de su presunción, que sostendremos su locura? ¿Hasta tal punto ha muerto el Parlamento para toda idea de dignidad y de deber, que apoye medidas que se nos imponen á la fuerza;... medidas, milores, que han convertido este grande y floreciente imperio en objeto de menosprecio y de

sarcasmo? Ayer, Inglaterra hubiera aun resistido al mundo entero; hoy, nadie hay que sea suficientemente miserable para mirarla con respeto.

»Aquellos colonos, á quienes desde el principio menospreciamos como á rebeldes, pero que ahora hemos de reconocer como enemigos, están conjurados contra nosotros; nuestro enemigo de siempre les suministra provisiones y armas, mira por el bien de aquellos, recibe á sus embajadores, en tanto que nuestros ministros no pueden, ni se atreven á obrar con dignidad, con energía.

»Ya tenemos alguna noticia del estado exasperado en que se hallan nuestras tropas de América. Nadie, mas que yo, aprecia y honra á los ejércitos ingleses; conozco su valor y virtudes; sé que pueden hacerlo todo, menos lo imposible, y sé que la conquista de la América inglesa es una imposibilidad. Milores, vosotros no podeis, no, conquistar á América.

»¿Cuál es vuestra situación, en lo relativo á América? Nosotros no lo sabemos todo quizás, pero, sí, sabemos que en tres campañas nada hemos hecho, habiendo padecido mucho. Podeis aumentar vuestro déficit, redoblar los sacrificios, echar mano á todos los recursos, podeis extender vuestro comercio hasta los *mataderos* de todos los déspotas alemanes, todos vuestros esfuerzos son vanos é impotentes, y doblemente impotentes, por lo mismo que vosotros os apoyais en auxilios mercenarios, en auxilios que excitan un incurable resentimiento en el corazón de vuestros adversarios; de esos hombres que entregais á los venales hijos de la rapiña y asesinato, de esos hombres á quienes condenais, y con ellos sus bienes, á la crueldad venal de algunos pillos asalariados. Si yo fuera norteamericano, así como soy inglés, mientras habria un solo soldado en mi patria, ni un solo instante depondría las armas, jamás, jamás.¹»

La Asamblea se estremeció, al oír ese grito del patriotismo indignado; mas, tras la primera emoción, los ministros hicieron volver en sí á los Pares, declarándoles que no era probable que Francia y España estuviesen animadas de un espíritu hostil contra la Gran Bretaña, que por otra parte Inglaterra podía contar con 42 navíos de línea, de los cuales estaban ya aprestados 35; y que con tal marina se podía desafiar á toda la casa de Borbon.

La Cámara, tranquilizada con esa verídica noticia *ministerial*, é

¹ Lord Mahon, tom, VI, pág. 215.

interesada además en que no se la hiciera salir de su engaño, rechazó la enmienda de Chatham, por 97 votos contra 28. En la cámara de los Comunes fué también rechazada, por 283 votos contra 86, la misma proposición que presentó el joven marqués de Granby, siendo apoyada por Burke y Fox.

Algunos días después, en 2 de diciembre de 1777, llegó la noticia de la rendición de Burgoyne, la cual produjo el efecto de la caída de un rayo. Al principio no fué más que un rumor vago; algunos desertores ingleses habían llevado la noticia á Ticonderoga, desde donde había cundido hasta Quebec. Pero á mediados de diciembre se recibieron los despachos de Burgoyne, lo cual fué suficiente para quebrantar el ánimo de lord North, que desde el primer día de la guerra, se había dejado llevar de una pasión que á él no le dominaba. Así es que declaró á la Cámara que, pasadas las fiestas de Navidad, le propondría el exámen de las concesiones que pudieran hacerse á América para dar cima á un tratado de reconciliación. Chatham en la Cámara de los Lores, Burke y Fox en la de los Comunes, insistieron para que el Parlamento no aplazara esa cuestión de sí urgente; mas su exámen y discusión fué aplazada para el 20 de enero.

Todo este tiempo habían menester los ministros para reanimar á sus abatidos partidarios, y saber á qué atenerse.

La corte de Versalles no vaciló. La campaña de 1777 y la derrota de Burgoyne habían demostrado que los norteamericanos estaban en disposición de defenderse. Siendo ellos enemigos de Inglaterra, era ventajosa para Francia su amistad con aquellos.

En 16 de diciembre de 1777 M. Gérard participó á los comisionados norteamericanos, que el rey estaba resuelto á reconocer la independencia de los Estados Unidos y hacer con ellos un tratado.

En ese tratado se consignaba que el rey no abusaría de la situación de aquellos en beneficio suyo, recabando de los norteamericanos concesiones que en otras circunstancias no harían. Además, S. M. cristianísima deseaba que *una vez hecho el tratado, fuese duradero, y que la amistad subsistiera entre ambos países*, lo cual no era posible, si cada nación no tuviese interés así en conservar la alianza, como en concluir la.

Como se vé, el rey tenía intención de mantener relaciones con los nuevos Estados como si desde remota fecha estuviesen ya establecidos, y se hallasen en toda la plenitud de su fuerza y poder.

El rey estaba decidido no solamente á reconocer, sino á sostener la independencia norteamericana.

Obrando así, se esponía inminentemente á una guerra, pero no por eso el rey pedía compensación á los Estados Unidos, que lo que le movía á proceder de esa suerte no era precisamente su buena voluntad hácia América, sino el interés de Francia, con objeto además de debilitar el poder de Inglaterra con la separación de las colonias.

El rey únicamente pedía que los Estados Unidos se comprometiesen á mantener su independencia, y á no volver jamás á someterse al gobierno inglés.

Hay que hacer justicia á Luis XVI. Era imposible imponer á un pueblo condiciones más justas y honrosas, y en esa ocasión, toda la habilidad consistió, como siempre, en la justicia.

Manteniendo relaciones con los Estados Unidos, considerados en ese caso, como nación amiga, no exigiendo ninguna compensación particular, ningún monopolio mercantil, la Gran Bretaña era árbitra de terminar la guerra tan pronto como quisiera, con solo aceptar con Francia la igualdad de derechos en lo relativo al comercio. Cerrando á aquella los Estados Unidos, se la obligaba á hacer esfuerzos desesperados.

No está ahí todo; esa libre y generosa política hacia de la independencia norteamericana la causa común de todos los pueblos comerciales. La derrota de los Estados Unidos traería otra vez el monopolio británico; al paso que su triunfo abriría el nuevo continente á todos los pueblos del viejo mundo, con lo cual se aseguraba el triunfo de la libertad de comercio. Los Estados Unidos obraban en virtud de un derecho, en cuya conservación estaba cifrado el interés de toda la Europa; de manera que Inglaterra se hallaba así sin ningún aliado, y representaba un papel doblemente odioso.

Ese tratado, que recibió la sanción el 6 de febrero de 1778, ha sido á veces echado en cara á Luis XVI, como una de las causas de la Revolución. Por una parte, la guerra de América ocasionó el aumento de la deuda en Francia, é indirectamente motivó la reunión de los Estados Generales; y por otra, aquel apoyo prestado á *insurrectos*, á gentes rebeldes á la autoridad legítima, fué, según se dice, cosa poco ejemplar; por último, se ha añadido, los amigos

¹ Ramsay, *Amer. Rev.*, tom. II, pág. 65.

de La Fayette, y los oficiales que junto con Rochambeau fueron enviados á América, los *norteamericanos*, segun se les llamaba al principio de la Revolucion, trajeron del Nuevo Mundo ideas subversivas y republicanas que fueron causa de la caída del mismo que habia libertado á los norteamericanos.

En mi concepto, esos cargos son infundados y descansan todos en el antiguo sofisma: *Post hoc, ergo propter hoc*. Francia habia quedado humillada en la paz de 1763 y con la pérdida del Canadá. El país que menos se aviene á una humillacion que venga de afuera, es quizás Francia. ¿Por qué, pues, no debia aprovechar la primera coyuntura para vengarse? No fué aquella nacion la que sublevó á América; Francia no habia representado el papel que algunos años antes habian desempeñado los ingleses en Córcega, contra los franceses; Francia tropezó en esa ocasion con un pueblo libre, independiente, que defendia sus derechos en el terreno de las armas. ¿Qué razon hay, de consiguiente, para no anudar relaciones con los Estados Unidos?

Además, ¿no existia acaso en Francia el espíritu de independencia? ¿No habian escrito Voltaire ni Rousseau antes de 1776? ¿Hízose la revolucion francesa bajo el imperio de las ideas norteamericanas? ¡Ah! desgraciadamente no. El espíritu norteamericano que habia en Francia, Jefferson, Gouverneur Morris, predijeron el aborto de la revolucion de 1789, porque en vez de una libertad constitucional, que trascendiera al individuo no menos que al pueblo y á las asambleas, quisieron los franceses una democracia á lo antiguo, ó mas bien, la realizacion del quimérico *Contrato social*. Las cartas de Washington escritas á La Fayette están llenas de temores patrióticos acerca de la suerte de Francia.

Son por consiguiente inadmisibles esas perniciosas paradojas: el servicio de la libertad y de la justicia nunca ha arruinado á los pueblos ni á los reyes. La página mas hermosa en la historia del reinado de Luis XVI será indudablemente aquella en que se refiere el tratado de alianza, en virtud del cual Francia debió auxiliar á los norteamericanos.

La Fayette, cuyas cartas habian contribuido no poco á inclinar á Francia en favor de los Estados Unidos, fué el primero que en el ejército norteamericano recibió noticias del tratado. Inmediatamente corrió á ver á Washington, le abrazó, llorando de regocijo, y exclamó: «El rey, mi señor, ha reconocido vuestra independencia, y se alía con vosotros para ayudaros á consolidarla.»

Es indescriptible, dice un contemporáneo¹, la alegría con que se recibió la noticia. Por orden del general en jefe, se reunieron todas las brigadas. Los capellanes elevaron preces al Todopoderoso, en accion de gracias por aquel beneficio, y pronunciaron discursos. Se hicieron descargas para solemnizar el acto, y á una señal dada, todos los soldados gritaron desde el fondo de su corazon: ¡*Viva el Rey de Francia!*!

Tres años hacia que se habia sufrido tanto frio, tanta hambre, á consecuencia de la guerra, que parecia que todo estaba salvado, con solo estender Francia, desde la otra parte del Océano, su poderosa y protectora mano. Fué menester que el Congreso suavizara el efecto que habia producido en aquellos corazones la noticia, en los cuales alentaba una confianza harto exajerada, representando al pueblo y al ejército, que convenia estar dispuestos aun para mas rudas pruebas; que la alianza francesa aseguraba la independencia, pero que no ponía á América al abrigo de las devastaciones enemigas.

El consejo era prudente; pero el pueblo, cuya fé sencilla le daba intuicion de su destino, no se equivocaba. El apoyo de Francia entrañaba su salvacion.

Grandes y hermosos recuerdos son esos para los franceses, recuerdos que no conviene desvanecer. La historia de Francia está llena de guerras con el extranjero, llena de ódios y violencias seculares, lo cual hace que en esa nacion se conserve una especie de patriotismo sombrío que puede ser bueno ó perjudicial; pero tambien contiene páginas, que sin respirar menos patriotismo, producen una emocion mas tierna. En mas de una ocasion Francia se ha puesto al servicio de la independencia de un pueblo oprimido. Grecia, Italia y América, han visto á los soldados franceses entrar y salir como amigos. Esos trofeos son indudablemente los mas puros y gloriosos, que conviene no desprestigiar.

Hoy que América padece, recuerdo ese pasado, cubierto casi con el polvo del olvido. América quiere siempre á los franceses, de ellos necesita, y estos pueden serle útiles todavía, aun cuando no sirvan mas que para crear atmósfera en favor de los Estados Unidos. Los amigos deben tender siempre la mano á sus amigos agradecidos.

Una costumbre piadosa establecia antigamente el deber de la

¹ Ramsay, *Amer. Rev.*, tom. II, pág. 63.

hospitalidad. Rompiase en dos trozos una *tessera*, un medallon de barro en el cual se encerraba la cabeza del hospitalario Júpiter; y repartidos esos trozos entre dos familias, tenia cada una de estas un símbolo de agradecimiento hácia el extranjero que venia de un país lejano. Juntando los dos trozos del medallon, se volvia á hallar un nombre comun, el recuerdo de una amistad antigua, el pensamiento de los antepasados. Asimismo los franceses tienen su símbolo, y no pueden pronunciar el nombre de Washington sin que el norteamericano responda con el de La Fayette: nombres inseparables, recuerdo imperecedero y glorioso que debe unir Francia á América con lazos de eterna amistad.

CAPÍTULO XX.

1778-1781.

Mientras se gestionaba en Francia la conclusion de un tratado de alianza y de comercio con los comisionados norteamericanos, comenzaba en Inglaterra á alarmarse la opinion y todos dirigian las miradas hácia Chatham, el único capaz de evitar la guerra con los Borbones, ó acabarla con felicidad, y conservar, si hubiese sido posible, la unidad del imperio.

¡Cosa estraña! El que mas ardientemente deseaba que Chatham cargara con tamaña responsabilidad, era el primer ministro, lord North. La oposicion partia del rey, no del ministro, cansado de unos poderes harto pesados para sus débiles hombros.

El dia 17 de febrero de 1778 lord North, como para preparar el camino á su sucesor, sometió á la Cámara de los comunes dos leyes con objeto de terminar la guerra. Su discurso, como todos los de un ministro, fué una apología de su conducta, de su moderacion, de su benignidad; alegaba que no era él quien habia propuesto imponer tributos á América, que habia aceptado una posicion que él no habia creado; que la guerra habia sido desgraciada en realidad de verdad, pero que no por eso estaba el país arruinado. Que los recursos eran inmensos, que la marina se hallaba en mejor estado que nunca, que si se transigia, haciendo concesiones, era puramente por amor á la paz. La verdad es que fueron menester las amenazas de Francia para echar de ver que los norteamericanos tenian algunos derechos.

El primer proyecto de ley estaba intitulado así: *Acta destinada á desvanecer todas las dudas y aprehensiones en lo que se refiere á*